

14

**¿Cómo hacer
operativa
la formación
humanista en la
universidad?**

Dr. Juan E. Bazdresch
Parada

¿CÓMO HACER OPERATIVA LA FORMACIÓN HUMANISTA EN LA UNIVERSIDAD?

Síntesis

0.- INTRODUCCIÓN

Importancia de los Ideales. Necesidad de los medios.

1.- ¿QUÉ ES HUMANISMO?

La UIA afirma claramente querer ser humanista.

El humanismo es una palabra ambigua.

La UIA expresa congruentemente lo que entiende por humanismo.

La luz intelectual y el humanismo.

2.- ¿EN QUÉ CONSISTE UNA FORMACIÓN HUMANISTA?

La capacidad de análisis crítico es lo que distingue la formación del condicionamiento.

La formación humanista requiere indispensablemente el que se tome conciencia de los motivos.

Es necesario poner los medios para esta toma de conciencia.

Necesidad del cuestionamiento intelectual.

3.- ¿QUÉ REQUIERE LA FORMACIÓN HUMANISTA DE LOS PLANES DE ESTUDIO?

Necesidad de enseñar a pensar críticamente.

La capacidad de descubrir las relaciones con el conjunto de la disciplina. Y las relaciones con el hombre y con la realidad.

Incluir en el currículo el planteo explícito y la reflexión sistemática sobre las preguntas propias del hombre.

El hombre se pregunta por la verdad, la bondad, la justicia y la trascendencia.

4.- ¿CONSIDERACIONES COMPLEMENTARIAS.'

Superar el racionalismo y amar la inteligencia.

Superar la palabrería y vigorizar el lenguaje.

La necesidad de maestros capaces.

El nivel académico de estos cursos.

5.- CONCLUSIONES

¿CÓMO HACER OPERATIVA LA FORMACIÓN HUMANISTA EN LA UNIVERSIDAD?

Importancia de afirmar ideales

Es muy necesario definir y afirmar ideales. Éstos marcan una dirección y confieren una identidad. La UIA ha puesto enorme empeño en este trabajo. Ha dedicado muchas horas y ha pedido el esfuerzo largo y laborioso de sus hombres para que, no a través de una declaración impuesta desde arriba sino a través de una reflexión participada, se lleguen a exponer con claridad los ideales que le dan sentido y valor, que caracterizan radicalmente su ser institucional.

Necesidad imperativa de los medios

El esfuerzo de definir ideales, empero, queda condenado a la esterilidad si no es completado por el esfuerzo de encontrar medios operativos que los traduzcan a la práctica. Quien quiere verdaderamente un fin quiere verdaderamente los medios. Sin esta eficaz voluntad de poner los medios, el afirmar algunos ideales puede resultar contraproducente: puede, en efecto, convertirse de hecho en ponerse una máscara que oculte la realidad.

Fin de este escrito

Este escrito quiere hacer una aportación personal al peliagudo y en buena parte descuidado reto de encontrar los medios adecuados para impartir una formación humanista en nuestra universidad. Lograremos nuestro propósito si encontramos una respuesta a las siguientes preguntas:

1. ¿QUÉ ES HUMANISMO?
2. ¿EN QUÉ CONSISTE UNA FORMACIÓN HUMANISTA?
3. ¿QUÉ REQUIERE LA FORMACIÓN HUMANISTA DE LOS PLANES DE ESTUDIO?

1. - *¿Qué es humanismo?*

Afirmación categórica del humanismo

Ambigüedad del "humanismo"

Definición de la Reforma Académica

Antes que nada notemos que la UIA de manera persistente y categórica afirma que el objetivo esencial de su trabajo es impartir no sólo una formación técnica o profesional sino una formación humanista. Es pues muy importante que tengamos una idea clara de lo que se quiere decir por "humanismo". Esto es tanto más importante cuanto este término es muy ambiguo, dado el hecho de que existen muy diversas y aun contradictorias maneras de pensar que afirman ser "humanistas". Si el objetivo rector del trabajo de la UIA queda en la ambigüedad se seguirá una cadena de equivocaciones en el modo como se entiende y organiza la formación universitaria. La Reforma Académica formulada por nuestra Universidad es consciente de esta necesidad y nos da una definición verdaderamente significativa: "Se entiende la actitud caracterizada por el pensamiento ordenado y crítico; la clara expresión oral, escrita y de toda índole; el planteamiento y la solución del cuestionamiento básico del hombre en el mundo (su origen, destino y naturaleza); la conciencia histórica; la experiencia estética; la cooperación social responsable y la congruencia entre pensamiento y conducta". (Ref. Acad. 2).

Definición de la Filosofía Educativa

La Filosofía Educativa de la UIA se plantea la misma cuestión básica y define el humanismo como el desarrollo integral de los dinamismos fundamentales del hombre: creatividad, criticidad, libertad, solidaridad, integración afectiva y conciencia de la incondicionalidad e ilimitación del horizonte de nuestro actuar.

Correspondencia entre ambas

Es fácil de ver cómo estas dos definiciones se corresponden. La primera aborda su objeto a base de la descripción de las conductas observables propias del humanismo tal como lo entiende la UIA, la segunda se fija en las actitudes fundamentales que son la fuente del desarrollo de ese tipo de hombre, y hace una explicitación y fundamentación de lo que entiende por esas actitudes.

Humanismo, no Humanidades

Concebir así el humanismo nos muestra desde luego la diferencia que hay entre éste y las disciplinas de humanidades. El humanismo del que se trata no es lo mismo que los conocimientos que nos informan sobre los temas que aborda la Filosofía, la Literatura, la Historia o alguna otra ciencia semejante. Se puede saber mucho acerca de estos temas y no tener ni esas actitudes ni esas conductas. A ese tipo de sabios se les podría llamar “técnicos en Humanidades”. Por el contrario, el cultivo de otras ciencias, las llamadas científico-positivas, puede ciertamente ayudar al desarrollo del auténtico humanismo.

La luz intelectual de la actitud

Al hablar de actitudes es muy necesario atender a no disociarlas de la dimensión intelectual del hombre. Si no queremos considerarlas como un impulso ciego o como el producto de una determinación inducida por agentes externos, es necesario caer en la cuenta de que las actitudes humanas son el fruto de un juicio, consciente o subconscientemente afirmado por nosotros.

Si prescindimos de esta luz interior que viene a ser el motor de la actitud, tendremos que pensar que la fuente de ésta está fuera de nosotros y que por lo tanto nuestro proceder es enajenado.

Es muy cierto que la pura dimensión racional del hombre, sobre todo si se la entiende como un conjunto de conceptos y teorías fijas que se disocian de la experiencia, no basta para generar una actitud operante. Pero lo que esto en el fondo quiere decir es que aquellas teorías han sido suplantadas de hecho por otros juicios que son los que verdadera, aunque quizá subconscientemente, asumimos como motivadores de nuestra acción.

No a la esquizofrenia

Así como es equivocado creer que los conocimientos teóricos generan automáticamente nuestras actitudes y conductas, es equivocado también disociar éstas del proceso intelectual que ilumina la conciencia. Nos condenaríamos a ser esquizofrénicos.

2¿Qué es la Formación Humanista?

La última consideración que hacíamos nos invita a reflexionar sobre la diferencia entre formación y condicionamiento.

Formación y condicionamiento	<p>La formación se distingue del condicionamiento en que este último lo que pretende lograr es la introyección de un conjunto de estímulos que produzcan un conjunto de comportamientos: aquellos que se piensa que son los adecuados para un sujeto. Los condicionamientos dichos no suponen que la persona examina motivos y elige valores, sino al contrario excluyen la reflexión consciente y crítica como la más peligrosa amenaza contra el proceder que de antemano se ha determinado como correcto. Los condicionamientos dichos pueden ser introyectados con toda intención, pero también pueden introyectarse por el modo como de hecho se actúa, aunque no exista la menor intención de hacerlo. La formación, por el contrario, pretende potenciar al máximo la <i>capacidad de análisis crítico</i>: el que el sujeto tome clara conciencia de cuáles son las diversas posibilidades que se ofrecen a su desarrollo, de cuáles son los diversos motivos y valores que son propios de cada una de estas opciones, y de cuáles son las razones en las que se sustentan los ideales que le son propuestos.</p>
Función del Análisis crítico	
Tomar conciencia de los motivos	<p>La auténtica formación humanista implica por tanto en su naturaleza más íntima no sólo lograr que las personas de hecho procedan de modo humanista, sino precisamente el que tomen <i>conciencia</i> de <i>por qué</i> algunas conductas y actitudes son las que corresponden al ideal de ser-hombre. Por todo esto parece que uno de los puntos más cruciales para el quehacer formativo es el de <i>encontrar los medios más adecuados</i> para que los sujetos tomen conciencia del modo más personal, pleno y explícito de cuál es y por qué motivos la dirección de su actuar, que lo llevará a realizarse más plenamente como hombres.</p>
Los medios para tomar conciencia	
Responsabilidad de la Universidad	<p>Este sería el momento de recordar que el objetivo de la Universidad no puede ser el formar seres perfectos, que garantizadamente vayan a actuar en su vida como hombres prudentes, sabios, altruistas y justos. El objetivo es necesariamente mucho más modesto: lograr que quienes pasan por sus aulas sean <i>conscientes</i> de cuál es el problema del hombre y de cuáles son los mejores caminos para realizarse como tales. El modo como ellos decidan actuar o como ellos se dejan enajenar no es ya responsabilidad de la Universidad.</p>
	<p>¿Cuáles serán, en fin, los mejores medios que puede poner en juego la Universidad para esta concientización?</p>
La vitalidad de los medios	<p>Desde luego se ve que estos medios son múltiples y que deben ser pletóricos de vida. El humanismo auténtico, la apropiación profunda de las actitudes y conductas que se han descrito es algo muy grande -demasiado grande- que no puede depender de acciones aisladas y mucho menos de acciones superficiales y formalistas, como puede ser aprender alguna lección de clase.</p>
El modo real de proceder	<p>Dentro de esta multiplicidad y vitalidad es evidente que deben tener un lugar muy importante las conductas y actitudes reales que los maestros y autoridades de la UIA pongan en práctica. De sobra sabemos que “el ejemplo arrastra” y que la autenticidad con la que una persona actúa en congruencia con los grandes valores del hombre tiene una enorme fuerza persuasiva. Si la vida de la Universidad es humanista, los alumnos estarán en la mejor condición para</p>

asimilar los motivos que hacen valioso este modo de ser.

La necesidad del estudio y del cuestionamiento intelectual

Siendo lo dicho una gran verdad, también es verdad que el solo ambiente y el solo ejemplo no bastan. No bastan porque es necesario un cuestionamiento consciente que analice las razones y motivos que sustentan y convalidan el sentido y el valor de ser humanista, y de serlo así como lo entendemos. Este cuestionamiento requiere indispensablemente de un proceso intelectual que defina y entienda, que delibere y discierna, que afirme y escoja. Este proceso intelectual no es de ninguna manera obvio ni fácil. Ni tampoco puede ser realizado solitariamente por cada persona. Requiere la asimilación de ideas, juicios y teorías, requiere del diálogo con los grandes autores que han expresado profunda y esclarecedoramente los diversos modos de pensar sobre el hombre, requiere de un proceso de dar a luz un propio pensamiento y una propia toma de posición, proceso que a la vez sea muy personal y muy comunitario. Todo esto parece indicar que en algún momento y de algún modo la Universidad debe dedicar un espacio en el currículum de los alumnos para proponer estos cuestionamientos y promover este tipo de reflexión, de estudio de autores, de trabajo intelectual estructurado.

El humanismo y la formación profesional

Hay que recordar, además de todo lo dicho, que la formación humanista no excluye de ninguna manera la capacitación profesional. Ni se trata tampoco de formar para la profesión de “humanistas”. De lo que se trata es de no poner a la profesión en el centro de la actividad formativa. Se trata de *formar hombres que sean capaces de desarrollar una actividad profesional*. El desarrollo de las conductas y actitudes humanas que definen el humanismo, tal como lo concibe la UIA será la mejor fuente para la calidad de las actividades profesionales. El profesionista será tanto mejor como tal, cuanto mejor haya asimilado una formación humanista.

3. ¿Qué requiere la formación humanista de los planes de estudio?

Todo lo anterior nos lleva a preguntarnos cuáles son los *temas y métodos* que de algún modo deben incorporarse a los planes de estudio para que éstos correspondan al fin que se pretende.

Enseñar a pensar críticamente

En la consideración de este problema se ocurre antes que nada que los planes de estudio más que pretender que los alumnos aprendan muchos conocimientos deben pretender *enseñarles a pensar*. A propósito de cualquier campo del saber siempre lo más importante no será el dar una solución sino capacitar al sujeto para que la encuentre él mismo. Aquí tiene su aplicación más propia el propósito de la UIA de formar hombres *críticos*. Aprender una solución será la adquisición de un dato que probablemente será rebasado con el tiempo. Ejercitar en cambio el propio pensar acerca de un tipo de problemas, será potenciar la propia capacidad de enfrentar un campo del conocer y del actuar humano. Esta capacidad no quedará rebasada cuando cambien los problemas particulares.

El trabajo de la inteligencia

Este es el momento para recordar que la inteligencia es la *capacidad para descubrir relaciones*. Los objetos reales están preñados de relaciones que

sólo son dadas a luz por la acción de la inteligencia. Por estas relaciones así traídas a la luz los objetos cobran vida, valor, significado.

Las relaciones con el horizonte de la disciplina En un primer momento de la actividad académica aprender a pensar quiere decir desarrollar la capacidad de descubrir las relaciones de los objetos dentro del campo de visión propio de una disciplina. En un segundo momento aprender a pensar significa desarrollar la capacidad de descubrir las relaciones de ese objeto con la totalidad de la realidad.

Las relaciones con el hombre Este relacionarnos con la totalidad tiene, a su vez, dos ámbitos. El primero es el de la totalidad del *hombre*. Nos preguntamos por la relación que tiene cualquier objeto con la realidad integral del hombre: ¿cuál es en último término el significado de *esto* para el ser humano, para mí, para nosotros todos?

Las relaciones con la realidad integral El segundo ámbito es el de la totalidad de la *realidad*. Los hombres, la humanidad, no somos *la* realidad. Más allá de nosotros se abren muchas preguntas y muchos espacios para el pensamiento: ¿cuál es en último término el significado del hombre, de mí, de nosotros, -significado que se enriquece con todos los conocimientos que vamos adquiriendo-en la amplitud y hondura de la realidad integral?

Criterio para la selección adecuada de temas y métodos Todo lo anterior nos indica que la primera característica de un plan de estudios que se proponga dar una formación humanista será la de dar prioridad a aquellos cursos que por su temática y metodología sean los más adecuados para enseñar a pensar sobre la problemática de la actividad profesional a la que corresponde. Antes que nada hay que familiarizar al estudiante con la lógica propia de la disciplina, con las intuiciones básicas que son como el alma de una capacidad profesional. Y esto debe hacerse de tal modo que se promueva efectivamente el descubrimiento de las relaciones que esa profesión tiene con el ser-hombre y con la plenitud de la realidad. Contra este modo de proceder actuaría el dar preferencia a materias que pretendieran dar la información más extensiva posible o a materias que se subordinaran a los imperativos de la moda y se acomodaran a dudosas exigencias del momento o del ambiente. También sería contrario a la prioridad enunciada el mantener cursos tradicionales por la sola razón de que la costumbre los ha consagrado incuestionablemente como indispensables.

La organización del plan de estudio Los concedores de una actividad profesional y de las disciplinas que en ellas se aplican podrán discernir cuáles son las materias que corresponden a un plan de estudios organizado según esta prioridad. Serán también ellos quienes puedan explicitar -quizá después de un serio proceso de reflexión- a qué problemas y a qué necesidades del hombre viene a dar respuesta y satisfacción el ejercicio de esa profesión.

El planteo de las preguntas propias del humanismo es, pues, un elemento esencial para el objetivo que se pretende. Sin embargo, como ya indicábamos, no basta. No basta porque la formación humanista requiere del planteamiento abierto y claro de las sencillas y

hombre

formidables preguntas *propias del hombre*. Y requiere de una empeñosa reflexión sobre estas preguntas de manera que se pueda llegar a algunas respuestas.

Preguntas sencillas y formidables

Son preguntas sencillas. Todo hombre las trae consigo y de alguna manera les da una respuesta. La más de las veces sólo de modo subconsciente e implícito, pero en el fondo estas respuestas sustentan el modo de actuar y de ser de ese hombre. Son preguntas formidables. En ellas se encierra toda la inquietud y toda la aspiración del hombre. Por ellas el hombre se enfrenta a sí mismo y se cuestiona para qué sirve su existencia. De estas preguntas surgen todas las otras preguntas.

El pensamiento humano incansablemente ha trabajado una y otra vez estas preguntas y les ha dado muchas respuestas. Respuestas que ha sostenido con muy diversas razones. De estas diversas respuestas toman origen los diversos “humanismos” de los que hablábamos al principio.

La pregunta por la Verdad

Nos referimos a la pregunta por la Verdad, por el Bien, por la justicia y por la Trascendencia. De una manera muy concisa vamos a señalar el contenido esencial de estas preguntas y las líneas de reflexión que suscitan.

1.-La pregunta por la Verdad. Este es el problema más fundamental y sobre el que se apoya cualquier reflexión ulterior acerca del hombre. Se trata sencillamente de saber si nuestro conocimiento se encierra en nosotros mismos y al fin y al cabo no hace sino devolvernos nuestras propias imágenes, o si se abre a la realidad total. Es decir, si nuestro conocimiento sólo puede referirnos lo que nos aparece a nosotros, lo que nos conviene o da placer, lo que se acomoda a nuestro particular modo de ser, o si nos refiere la realidad como es en sí misma en su independencia de nosotros. Se plantean aquí temas como los siguientes: cuál puede ser el criterio que tenemos para discernir la Verdad, cuáles son las operaciones que hacen posible el conocimiento verdadero, cuáles son los diversos ámbitos de ese conocimiento, cuáles son sus limitaciones, cómo podemos conocerlo que no está al alcance de nuestra experiencia, hasta dónde puede extenderse nuestro conocimiento de la Verdad. Es tan radical este cuestionamiento y es tan grávido de consecuencias que cuando alguien afirma ser testigo de la Verdad suele encontrar el rechazo escéptico y pragmático de quien incredulamente lo rechaza con desdén diciendo simplemente: “¿Y qué es la Verdad?”.

La pregunta por el Bien

2.- La pregunta por el Bien. Se trata de encontrar una respuesta acerca de la posibilidad y la importancia de abrazar los bienes verdaderamente correspondientes al ser humano, si es que éstos existen y no son tan sólo conveniencias psicológicas o sociales. Se plantean aquí las desmesuradas preguntas sobre la libertad y la honestidad de nuestro actuar. Se trata de encontrar cuál puede ser el criterio que discierne el actuar verdaderamente valioso del hombre. Se trata de saber si existe la obligación moral, si tiene sentido hablar del mérito o demérito respecto de la conducta del hombre. Nos preguntamos también hasta dónde se extiende nuestra posibilidad de abrazar el Bien y de gozar de él.

La pregunta por la
justicia

3.- La pregunta por la Justicia. Se trata de esclarecer cuál es la naturaleza de la convivencia humana y cuáles son las exigencias e ideales que plantea. Es necesario tener una teoría de la sociedad, una explicación de los vínculos que nos unen a los hombres: cuál es la naturaleza de nuestra pertenencia a los demás y de nuestra independencia de ellos. Cuál es el fundamento y la finalidad de la sociedad civil y qué papel juega en ella la autoridad. Se trata de esclarecer cómo esta convivencia y esta sociedad encuentran en la justicia la fuente de su posibilidad y vitalidad. Importancia relevante tiene el problema de la justicia Social, es decir el de las condiciones necesarias para que se logre efectivamente el bien común, especialmente teniendo en cuenta las estructuras económicas y sociales que operan en la sociedad. De nuevo aquí se plantea la pregunta sobre cuál es la realización suprema a la que se puede aspirar la convivencia humana.

La pregunta por la
Trascendencia

4.- La pregunta por la Trascendencia. Todas las realizaciones humanas son limitadas. Reconocer estos límites implica sobrepasarlos obstinadamente para hacerse la pregunta por lo ilimitado. Nos surge la pregunta por el sentido y el valor definitivo de nuestra realidad. Las experiencias más profundas del hombre lo llevan a buscar una respuesta que supere la caducidad y vulnerabilidad de las condiciones presentes. De esta respuesta definitiva toman su verdadera consistencia todas las otras respuestas. Los hombres nos planteamos necesariamente la pregunta por Dios, sea para encontrarlo sea para constatar su ausencia.

Por la afirmación de la Verdad el hombre supera el encerramiento en sí mismo para situarse en el ámbito ilimitado de la realidad. Por la captación del Bien que le corresponde se abre a elegir libremente los valores que dan sentido a su existencia. Por la convivencia en la justicia establece una fecunda relación con sus semejantes de manera que la sociedad no sea un impedimento o un ídolo, sino el espacio donde el bien de cada uno coopere al bien de todos. Por la apertura a la trascendencia el hombre intuye su insondable grandeza: el ser un ser relativo y limitado, con realizaciones siempre relativas y limitadas que está irrecusablemente situado en la perspectiva de lo absoluto y en la inquietud por lo infinito.

La inquietud por la
trascendencia en
nuestra época

La época actual es particularmente sensible a este llamado de la trascendencia. Nuestra época no cree ya en los sistemas perfectos que las ideas claras y distintas del racionalismo nos prometían como solución a los problemas del hombre, no soporta tampoco los estrechos límites del positivismo que pensaba encontrar en la observación experimental científica la única clave válida para descubrir al hombre, y ha terminado por encontrar inconsistentes y vanas las cómodas opciones que propone el pragmatismo que toma como criterio la eficacia o el bienestar, que se entronizan como los valores supremos de la “wellfare Society”.

La inquietud por lo absoluto acosa al existencialismo, encandila las perspectivas escatológicas del marxismo y se expresa de mil modos en los mejores artistas de nuestro tiempo. En las obras de un creyente como

Dostoevsky encontramos la exclamación Feroz “si Dios no existe, nada tiene sentido” (Los Poseídos), y en un ateo como Camus encontramos el reconocimiento de la ausencia de ese Dios: “¡Ah, mi querido amigo, para quien está solo, sin Dios y sin amo, el peso de los días es tremendo! Es necesario, pues, buscar un amo, ya que Dios no está de moda. Esa palabra, además, ya no tiene sentido alguno; no vale la pena correr el riesgo de molestar a alguien” (La Caída, 6).

Necesidad de cursos que se dediquen a plantear estas preguntas

Una rápida consideración de la problemática propuesta muestra que para abordarla adecuadamente es necesario dedicarle una reflexión y estudio que explícitamente desentrañe su contenido. No es posible tener un conocimiento suficiente sobre estos temas, ni mucho menos hacer un análisis crítico de las diversas razones para llegar a ciertas conclusiones claras, sin haberles dedicado un estudio serio y sistemático. Esto quiere decir que es necesario tratar la temática propuesta en cursos que formalmente se dediquen a este objetivo.

Los factores implícitos y explícitos de una formación humanista

Hay que insistir que no basta con la inspiración implícita que pueda darse a base del proceder auténticamente humanista de las personas. Este proceder es ciertamente de gran valor, es incluso un presupuesto indispensable en todo proyecto de formación humanista, pero no lleva al planteo explícito de los problemas y a todo el trabajo intelectual que éstos reclaman. Hay que insistir en que dar una formación -¡no un condicionamiento!- humanista no se puede reducir a comunicar ciertas actitudes y conductas, sino requiere sobre todo una toma de conciencia clara de los motivos que fundamentan esas actitudes y conductas. Sería paradójico tener una Institución que pretenda dar una formación humanista, que cuente con maestros verdaderamente humanistas y en la que no se plantee explícitamente la problemática del humanismo.

4. Consideraciones Complementarias

Para hacer una consideración más completa del problema que estamos tratando será útil hacer algunas reflexiones complementarias.

Superar el racionalismo

1.- Hay que superar el racionalismo. Y si en algún campo es necesario hacerlo es en el de la formación valoral. El racionalismo pretende establecer a la razón humana como norma y medida de la realidad. Consiguientemente identifica la adopción de valores con una descarnada matemática de conceptos que convierte a los valores en entidades abstractas y al sujeto de ello, el hombre, en una máquina registradora de deberes y normas. De la concepción racionalista se deriva un modo de proceder en la formación valoral que se centra exclusivamente en el aprendizaje de teorías y razonamientos. Pero una cosa es el racionalismo y otra muy distinta la inteligencia. Y sería desacertado que la justa reacción contra el racionalismo llevara a descuidar la acción de la inteligencia en la auténtica adopción de valores. “¡Ama mucho la inteligencia!” exclamaba San Agustín. Esta exclamación de aquel gran humanista se encarnó profundamente en el desarrollo de nuestra cultura occidental y le confirió una de sus notas más características. Es claro que no hay que disociar la luz de la inteligencia de la dinámica integral por la que tomamos nuestras decisiones valórales. Sí es necesario, empero, captar el papel crucial que juega la

Pero amar la
inteligencia

inteligencia en este proceso: el de iluminar las situaciones reales y concretas para descubrir la relación *verdadera* que tienen con la dignidad del hombre. Es muy posible que en la práctica abracemos valores movidos por otros factores, pero la luz intelectual de la conciencia es la base, la única base, para ser dueños de nosotros mismos y para que personalicemos efectivamente estos valores: para que procedamos *sabiendo por qué* tomamos estas opciones. Para el asunto que nos ocupa no tiene mucha relevancia discernir precisamente la función propia de diversas facultades u órganos por los que el hombre se abre a la captación valoral. Lo importante es captar el papel insustituible que tiene en nuestras decisiones este tener conciencia de por qué apreciamos algo como valioso.

La fuerza del
conocimiento de la
verdad

Y no hay ninguna razón para pensar que el acto inteligente no tenga potencialidad. Quien capta la posibilidad de ser razonable capta la necesidad de serlo. El conocimiento realmente personalizado de la verdad es la mayor fuerza liberadora del hombre.

No es lo mismo una
explicación que otra

El fruto de la luz intelectual es la *explicación inteligente*. De ninguna manera es lo mismo explicar algo de una manera que explicarlo de forma diversa. No es lo mismo explicar la combustión por el flogisto que por el oxígeno, ni es lo mismo explicar la dinámica social según el pensamiento del liberalismo que explicarla según el colectivismo. La explicación que se dé sobre lo que son los valores del hombre está pesadamente preñada de consecuencias.

Superar los vanos
discursos

2.- Hay que superar las palabras vanas y las fórmulas estereotipadas. En la reflexión valoral, más que en otros campos del saber, las palabras son engañosas. Quizá esto se deba a que se están refiriendo a realidades tan hondas y tan propias del centro de la persona, que se quedan especialmente cortas y lejos de su objeto. Fácilmente se vuelve máscara que oculta y no expresión que revela. Pero, de nuevo, una cosa es la palabrería y otra el lenguaje humano. Éste es esencial a nuestro proceso de desarrollo. Sin él no hay comunicación ni cultura posible, incluso ni conciencia plena. No es de pensar que lo natural sea escindir lo que decimos de lo que pensamos y hacemos. Más bien, en virtud de la unidad que somos, todo nuestro actuar se relaciona e influye recíprocamente. Las palabras pueden ser falsas, pero lo natural es que tengan una íntima correspondencia con nuestro pensar. Si no decimos lo que pensamos, terminaremos en pensar lo que decimos.

Y darle fuerza a
nuestro lenguaje

El lenguaje vida y
fuerza del
pensamiento

El lenguaje es el medio vital del pensamiento. Por él nace y se mueve y llega a término el dinamismo humano de apertura a la realidad siempre más grande. Es evidente que el lenguaje tiene una función esencial en cualquier ámbito, cultural y social. “El lenguaje es poder, el poder, el poder es lenguaje”, dicen los estudiosos de Sociología. Por el lenguaje, lo que pensamos deja de ser pura entidad mental para convertirse en realidad objetiva que actúa y se expone a la acción sobre ella.

El humanismo no es sólo un modo de actuar, sino un modo de concebir y valorar este actuar. Este dar razón de sí es esencial a todo humanismo. Para

Necesidad de generar el lenguaje de nuestro humanismo

esto es necesario un lenguaje. Si nuestro humanismo no genera un lenguaje, en el que se den a luz nuestros ideales y convicciones, quedará estéril. No será una dimensión social y cultural específica de nuestro ámbito humano. Más aún, es de sospechar que a nuestro humanismo le falta algo esencial ya que no puede engendrar este lenguaje.

La necesidad de maestros capaces

¿Qué no da qué pensar que mientras las diversas disciplinas que enseñamos tienen su propio lenguaje que es fácilmente utilizado por quienes a ellas se dedican, no sea fácil encontrar el lenguaje en el que se plantee, se discuta, se desarrolle nuestro humanismo?

La Universidad sí los tiene

3.- Salta a la mente que un punto decisivo para que cumplan sus objetivos los cursos que estamos proponiendo es el de contar con maestros capaces para impartirlos. Es éste un grave problema y surge la duda sobre si hay el número suficiente de maestros para lograr lo que se pretende. Este problema, sin embargo, tiene solución. Si no la tuviere, la Universidad se estaría desahuciando a sí misma. Declararía paladinamente que no está en capacidad de lograr lo que es su principal objetivo.

Habrán maestros jóvenes que se entusiasmen con este proyecto

Se puede pensar con fundamento que en una Universidad en la que constantemente se ha dado especial atención a las disciplinas del Área de Humanidades existe un buen grupo de maestros que ya están a la altura del reto que se presenta y que, si se pone verdadero interés y empeño en ello, este número se podrá rápidamente incrementar con maestros jóvenes que se preparen adecuadamente. Más aún, el futuro de estos cursos dependerá principalmente de estos maestros jóvenes. No será fácil que maestros distinguidos de varias disciplinas dejen su campo propio para convertirse en sostenedores básicos de este proyecto. En cambio, sí es fácil y natural pensar que un grupo de maestros jóvenes se entusiasmarán con encauzar su actividad profesional a lograr que este proyecto sea realizado de una manera óptima y que vean en él un trabajo por el que vale la pena hacer el mejor esfuerzo ya que va a representar un logro lleno de significado tanto para la Universidad como para su calidad como maestros.

Necesidad de un Colegio de Profesores que realice un proyecto de conjunto

Es esencial a este proyecto el que sea realizado de un modo colectivo. Que se forme un Colegio de Profesores que como tal asuma el objetivo institucional que la Universidad quiere realizar. No se trata del empeño normal por el que se busca que todo curso sea bien impartido. Se trata, indispensablemente, que el *conjunto de estos cursos* sea impartido conforme al fin que se pretende. Este Colegio de Profesores debe formarse por personas que hayan mostrado suficientemente su capacidad y debe ser un grupo en el que se pueda analizar y evaluar cómo se va procediendo para que estos cursos cumplan su función en toda la Universidad. Por medio de este Colegio de Profesores se tendrá la confianza fundada de que, dentro de nuestras limitaciones, se está proveyendo al problema crucial de la calidad de los maestros.

¿Qué nivel académico tendrán estos cursos?

4.-Queda la pregunta por el nivel al que se van a mover estos cursos. La temática propuesta es claramente propia de la filosofía: plantea las preguntas por el por qué y para qué fundamentales del ser del hombre. Sabemos, por otra

parte, que la filosofía no es fácilmente asequible para quienes no tienen una especial mentalidad e interés por sus problemas. Se puede prever que esta materia provocará la apatía y aún el rechazo de los alumnos.

La disciplina académica de la filosofía no es para todos

Estamos también aquí tocando un tema crucial. Es cierto que si fuera necesario para los cursos que estamos proponiendo el que los alumnos aprendieran la disciplina académica de la filosofía, es decir, que aprendieran la temática, la metodología y la terminología que se requiere para ser versado en esta disciplina, estaríamos intentando un proyecto irrealizable por muchas razones.

Saber pensar filosóficamente sobre los problemas de la vida real

Pero, precisamente, no se trata de que los alumnos aprendan esa disciplina. La filosofía opera y vive a diversos niveles en el hombre. Y aquí se trata de que los alumnos aprendan filosofía nada más y nada menos que en el sentido de aprender a pensar sobre el sentido y el valor decisivo que tiene la vocación de ser hombre. En otras palabras, que aprendan a pensar con sabiduría: a saborear lo que es la Verdad, el Bien y la justicia, y a captar el dinamismo que nos lleva a plantearnos siempre las preguntas definitivas. Esta sabiduría se ocupa antes que nada de la vida real de todo hombre y de los problemas que en ella se agitan. En los jóvenes, particularmente, encuentra su campo en las mil preguntas e impulsos que surgen apasionadamente de su ser. De lo que se trata es que los alumnos sepan discernir éstas sus preguntas del hombre, que sepan descubrir cómo y en qué términos se plantean, qué consecuencias tienen, cuál es el horizonte que por ellas se abre, y qué clase de respuestas están reclamando.

La lectura de textos apropiados, introducidos por el maestro

Para reflexionar sabiamente sobre estas preguntas no es necesario aprender una especial terminología, ni tener un conocimiento profundo de las diversas teorías y pensadores. Sí es ciertamente necesario dialogar con los grandes autores que han expresado la voz del hombre sobre estos problemas. Pero este diálogo se puede iniciar directamente con una breve presentación por parte del maestro, a quien corresponde, además, elegir los autores y textos que sean los más apropiados. Lo importante de estos textos será la potencialidad que tengan para explicitar y hacer aflorar las inquietudes e interrogantes humanas de modo que los alumnos puedan reconocerlas como propias.

5. Conclusión

El propósito de dar una formación humanista es algo que vale la pena. Por este propósito vale la pena hacer una Universidad y trabajar en ella. Consecuentemente vale también la pena tomarse el trabajo de discernir y aplicar efectivamente los medios que hacen operativo ese propósito. Estos medios necesariamente significan que algo específico se incorpora al quehacer universitario.

El propósito de promover el Humanismo de Inspiración Cristiana plantea una demanda aún mayor. No se trata sólo de fomentar valores científicos, estéticos y morales, sino de explicitar la apertura a lo desmesurado que por la encarnación de Jesucristo se hizo la entraña cae la vocación del hombre.

Aunque este artículo se refiere directamente a la, situación de la Universidad Iberoamericana, creemos que las reflexiones que expone serán de utilidad en cualquier ámbito universitario que tenga interés por la formación humanista.